

EN LAS ESCRITURAS Y LA TRADICIÓN

La verdad sobre el purgatorio se afirma en el Catecismo de la Iglesia Católica (ver 1030–1032) y es un dogma definido de la Iglesia, parte de la enseñanza solemne de tres concilios ecuménicos: Lyons segundo (1274), Florencia (1439) y Trento (1545–63).

Esta enseñanza tiene sus raíces en las Escrituras y la antigua tradición, aunque la palabra “purgatorio” no aparece en las Escrituras.

Todas las referencias bíblicas e históricas sobre el pueblo de Dios haciendo oración, sacrificio u otras acciones en nombre de los muertos, asumen que existe un proceso de purificación después de la muerte y que nuestras acciones en nombre de ellos pueden ayudarlos en este proceso. Las acciones en nombre de las personas que están en el infierno resultarían inútiles y en nombre de las que ya están en el cielo serían innecesarias. Piensa en las acciones en nombre de los muertos que se presentan en los siguientes pasajes de las Escrituras: 2 Macabeos 12, 44–46; Sirácides 7, 33; 1 Corintios 15, 29–30; 2 Timoteo 1, 16–18 (aparentemente, el hombre por el que se ora está muerto).

Los antiguos judíos hacían oración y sacrificios por los muertos para ayudarles a ser purificados y perdonados. Los primeros cristianos hacían lo mismo, antes de que se escribieran los libros del Nuevo Testamento o de que fueran colocados en el canon de la Iglesia católica. Algunas de las liturgias más antiguas incluyen oraciones por los muertos y muchas de las tumbas de los primeros cristianos tenían inscripciones que pedían oraciones por la persona que estaba sepultada ahí.

Los católicos nunca perdimos esa creencia y las prácticas que la acompañan. Las Escrituras simplemente reflejan esa antigua creencia y la practican mediante las “pistas” que ofrecen sobre purgatorio, aunque el término comenzó a utilizarse más tarde para describir el proceso que los cristianos siempre han sabido que es una realidad.



EL PROCESO YA HA COMENZADO

Por supuesto, este proceso ya comenzó en la vida de los fieles en la tierra. Mediante actos de penitencia y al aceptar en fe los sufrimientos inescapables de la vida presente, podemos purgar los efectos del pecado y vivir en santidad. Pero la mayoría de nosotros todavía necesitará finalizar el proceso de purgar las consecuencias del pecado.

Por esta razón, Dios ofrece generosamente el purgatorio para nuestra purificación. No es un tercer destino después de la muerte, aparte del cielo y el infierno, como muchos creen erróneamente. Más bien es un proceso que, a final de cuentas, nos llevará al cielo.

Una vez que comprendamos la naturaleza y el propósito del purgatorio, aceptaremos la realidad. Es una expresión de la misericordia de Dios. En su deseo de salvarnos, él nos amó lo suficiente para enviar a su Hijo a morir por nosotros, y nos ama demasiado como para dejarnos como estamos.



Our Sunday Visitor atrae, catequiza e inspira a millones de católicos por medio de folletos relevantes y fáciles de leer como este. Nuestra amplia gama de temas disponibles incluye:

- Enseñanzas de la Iglesia
- Los sacramentos
- Eventos de actualidad
- Temas de temporada
- Corresponsabilidad
- Enseñanzas papales

Para ver nuestro catálogo y ver algunos ejemplos en línea en formato PDF, visite osv.com/pamphlets.

Para ordenar cantidades adicionales de este o cualquier otro folleto, contacte a:



800.348.2440 • osv.com

Por Paul Thigpen

Copyright © Our Sunday Visitor, Inc.

Ninguna parte de este folleto puede ser reproducido o impreso de ninguna forma.

Núm. de inventario. P2451

Nihil Obstat: Reverendo Michael Heintz, Ph.D.

Censor Librorum

Imprimatur: ✠ Kevin C. Rhoades

Obispo de Fort Wayne-South Bend

El *Nihil Obstat* e *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto no contiene errores doctrinales ni morales. No hay allí implicación alguna de que quienes hayan aprobado el *Nihil Obstat* o el *Imprimatur* coincidan con el contenido, las opiniones o afirmaciones expresadas.



9 781681 925813

LO QUE ENSEÑA LA IGLESIA

El Purgatorio



“Por su parte, sean ustedes perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo”.

— Mateo 5, 48



Jesús dijo: “Sean ustedes perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo” (Mt 5, 48). Las Escrituras dicen: “Sin [la santidad] nadie verá al Señor” (Heb 12, 14), porque “nada manchado entrará en [el cielo]” (Ap 21, 27). Pero ¿cuántos de nosotros seremos perfectos al morir y estaremos listos para ir al cielo?

Si no hemos alcanzado la santidad perfecta ¿acaso Dios se da por vencido cuando morimos? ¿O simplemente ignora nuestro libre albedrío y nos perfecciona al morir, sin contar con nuestra cooperación? Ciertamente él no actúa así en esta vida.

La Iglesia católica enseña que, después de que alguien muere en amistad con Dios, el Señor completará el proceso de hacer santa a dicha persona, es decir, la purificación. Dicho proceso comenzó en esta vida. Esto es lo que se llama purgatorio.

¿Por qué razón Dios tiene como objetivo final que seamos perfectos? Dios desea que vivamos por siempre en amistad con él y él es totalmente santo, no tiene pecado ni debilidades de ningún tipo. Entonces, para ver a Dios cara a cara en el cielo, y para conocerlo, amarlo y disfrutarlo para la eternidad, debemos ser como él.

El cielo no sería el cielo a menos que todos los que viven ahí hayan sido perfeccionados. Si trajéramos nuestros pecados y las debilidades que tenemos en esta vida, el cielo estaría tan lleno de problemas como nuestra vida en la tierra y estos problemas durarían toda una eternidad. Tal destino sería más parecido al infierno que al cielo.

LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO

Algunos se preguntarán: ¿qué Cristo no murió para perdonar nuestros pecados y salvarnos? ¡Sí! Pero aun los que han escapado las penas del infierno, mediante sus méritos infinitos, descubren que el pecado tiene otras muchas consecuencias.

El *perdón* de los pecados tiene que ver con la remisión de la *culpa*, y por culpa queremos decir el daño a la relación entre Dios y el pecador que resulta del pecado. Cuando recibimos el perdón de Dios, él cancela nuestra culpa en el sentido de que deja a un lado nuestra ofensa en su contra, contra su bondad y santidad. Él decide no dejar que el pecado se interponga entre nosotros, que nos separe. Él restaura nuestra amistad con él para que no pasemos nuestra eternidad alejados de él, es decir, en el infierno.

Pero la culpa no es de ninguna manera la única consecuencia del pecado. El pecado también trastorna nuestra alma. Hierde a otras personas. Nos deja demasiado apegados a cosas que hemos decidido amar más de lo que amamos a Dios.

Si vamos a vivir por siempre con Dios, entonces es necesario restaurar y hacer reparaciones, es decir, debemos ser sanados (restaurar) y debemos enmendar (reparación). Si somos egoístas, debemos aprender a amar. Si somos deshonestos, debemos aprender a decir la verdad. Si estamos adictos, debemos romper las adicciones. Si estamos amargados, debemos perdonar.



EL CONSENTIMIENTO Y LA COOPERACIÓN SON NECESARIOS

Este proceso de restaurar y reparar no sucede instantáneamente por intervención divina, ni en esta vida ni en la siguiente. Por su misma naturaleza, requiere tanto nuestro consentimiento como nuestra cooperación.

Piensa en esta analogía: supón que un conductor se lastima y destroza el coche de otra persona en un choque por su imprudencia voluntaria. Cuando la ambulancia llega al hospital, él expresa arrepentimiento por su conducta. En respuesta, el otro conductor lo perdona, es decir, el otro conductor decide dejar atrás la ofensa personal y no tener nada en contra de él, de manera que no lo llevará a juicio ni lo demandará, ni quemará su casa para buscar venganza.

Sin embargo, hay otras consecuencias del pecado que el conductor imprudente todavía tiene que afrontar. Sus huesos deben ser alineados. Debe pagar por el coche destrozado. Su licencia de manejar puede ser suspendida hasta que tome un curso que enseña a los conductores a ser responsables.

Este proceso no va a ser agradable. Es muy doloroso que te alineen los huesos. Es costoso pagar por un carro arruinado. Aprender a cambiar viejos hábitos es abrumador.

Aun así, el proceso es restaurador. Es cuestión de misericordia (la restauración) y justicia (la reparación). A final de cuentas, el conductor imprudente, al someterse al proceso y cooperar con él, será una persona nueva.

La verdad es que todos hemos dañado nuestras vidas y las de otras personas de una u otra manera. Ya sea en esta vida, o en la siguiente, Dios no pasa por encima de nuestra libertad para arreglar la situación, como si fuéramos robots que necesitan que se les cambien los cables. Nosotros pasamos por un proceso para enmendar lo que hemos hecho: pagar nuestras deudas, soltar lo que nos ata, enderezar lo que está torcido en nuestra vida, aprender a “conducir” debidamente.



¿EL PURGATORIO ES DOLOROSO?

¿El purgatorio es doloroso? El texto bíblico que tradicionalmente se ha interpretado como una alusión al purgatorio lo hace sonar como si fuera doloroso. Piensa en las palabras de san Pablo sobre ser probado por el “fuego” (ver 1 Cor 3, 10–15) y la advertencia que Jesús hace sobre la “cárcel” (Mt 5, 25–26).

Los grandes maestros de la Iglesia que han escrito a través del tiempo sobre el purgatorio parecen estar de acuerdo en que es extremadamente doloroso. Esta conclusión no debería sorprendernos. Después de todo, hasta en esta vida, el proceso que debemos soportar para purgar las consecuencias del pecado es doloroso.

Como un metal con impurezas, debemos pasar por el fuego de un refinador. Como un paciente con un tumor canceroso, debemos cortar o cauterizar ese tumor. Es doloroso, pero también es necesario hacerlo para poder quedar sanos. Dios utiliza la dolorosa adversidad de esta vida para purificarnos; el purgatorio es simplemente una continuación de esa prueba dolorosa, posiblemente más intensa y concentrada.

Sin embargo, debemos encontrar consuelo en la enseñanza de santa Catalina de Génova (1447–1510), quien en el “Tratado del Purgatorio” escribió que las almas del purgatorio, aunque sufren terriblemente, están más enfocadas en Dios que en sus propios sufrimientos. A pesar del dolor, también sienten una alegría maravillosa porque saben que están llegando al final de su viaje al cielo y su llegada, por fin, está asegurada.

Piensa en el terrible dolor que una madre debe soportar al dar a luz. No obstante, su dolor va acompañado por la gran alegría de saber que su hijo está por llegar al mundo. El proceso del purgatorio, podríamos decir, es como el “canal del parto” por el que debemos pasar para entrar al cielo.